

La idea del hombre en el Poema del Cid

Ángel SÁNCHEZ-PALENCIA MARTÍ

POR MOR DE LA HONESTIDAD INTELECTUAL. CUESTIONES DE MÉTODO

El trabajo intelectual consiste, básicamente, en formular y responder preguntas. Y el vigor de una cultura se mide por el alcance y profundidad de las respuestas que ofrece. Sucede, sin embargo —y es harto frecuente en nuestra Universidad hoy, volcada sobre la acción en menoscabo de la contemplación— que cuando un intelecto se ve asediado por demandas incesantes y diversas —supongamos que, a diferencia de lo que es común en las publicaciones periódicas y otros medios de comunicación, se trata de una mente no ayuna de principios y convicciones que le ayudan a juzgar y capaz de captar las consecuencias de ideas y acciones— sólo cabe esperar de él como respuesta, en la más favorable de las circunstancias, un par de ideas sugerentes o tres acerca de la cuestión planteada sobre un entramado formado por un sencillo —aunque raro en el estío intelectual que hoy padecemos bajo el sopor del desinterés y la ignorancia— trabajo de análisis y síntesis. Un par de ideas o tres surgidas del sentido común es lo que hoy alcanza mi mente y yo pretendo. No espere, pues, el público de mi trabajo una respuesta cabal, entresacada con orden según razón de la enmarañada literatura sobre la cuestión que nos ocupa: ¿cuál es la idea del hombre en el *Poema del Cid*? Tal vez debería callar... quizá sea ésta, debido a su necesario carácter de improvisación, una contribución más a la falta de vigor de nuestra cultura, que amenaza consagrar a perpetuidad la superficialidad en el tratamiento de cualquier cuestión... Juzgue a la postre la comunidad científica aquí congregada...

El método. Nuestra aproximación al *Poema del Cid* no se interesa directamente por el personaje histórico, Rodrigo Díaz; ni por la crítica literaria de la obra más antigua que se conserva de la literatura en lengua castellana; es el nuestro un interés antropológico que adopta un punto de vista estético. Estética y Antropo-

logía resultan aquí convergentes; pues la Estética, como ciencia de lo bello, incluye la teoría del arte; de la poesía épica en el caso de la obra que nos ocupa, y siguiendo en este punto el pensamiento de Aristóteles, concebimos la poesía como imitación (*mimesis*) de la realidad y, singularmente, de la realidad humana.

DE LA ESENCIA DE LA POESÍA ÉPICA

En la *Poética* Aristóteles caracteriza la epopeya como una especie de la poética que imita hombres esforzados, a través de narración en verso, de extensión ilimitada en el tiempo¹. Desentrañemos la anterior definición. En primer lugar, se trata de una imitación. Frente a la teoría del arte como imitación interpretada en sentido estricto, tal como por ejemplo hacen Platón y Lessing; el primero —ontología de la obra de arte— desterrando al artista de su República; el segundo —teoría de la fruición estética— despreciando el «frío placer que resulta de percibir la semejanza de la imitación y de apreciar la habilidad del artífice»², Romano Guardini profundiza el intelectualismo estético aristotélico, ampliándolo de manera muy fecunda. Según la doctrina de este autor, el artista imita las formas de la naturaleza (en el caso de un poema épico, acciones humanas: «a hombres que actúan»³). «Se siente tocado (...) por la capacidad que tiene esa forma* para revelar esencia»⁴. El poeta echa mano de lo que sucede para producirlo de nuevo... pero ese suceder —significativo, auténtico, válido...— es en el mismo suceder expresión aún indeterminada e imperfecta. El artista se ve llamado —vocación— a llevarla adelante. «Ve emerger de las formas* la esencia y se pone a la disposición de ésta para que se pueda patentizar más plenamente»⁵. Naturalmente, el poeta épico, lo hace relatando a través del lenguaje sometido a ritmo y cadencia; es decir, del verso, dentro de los límites impuestos por la palabra y «de la especial intención estilística determinada por la época»⁶.

¹ *Poét.*, 49b10.

² Citado por MENÉNDEZ PELAYO, M.: *Historia de las ideas estéticas en España*, C.S.I.C., Madrid, 1974, vol. I, p. 1070.

³ *Poét.*, 48a.

⁴ GUARDINI, R.: *La esencia de la obra de arte en Obras*, vol. I, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1981, p. 310.

* En el caso de la poesía épica una acción.

⁵ *Op. cit.*, p. 311.

⁶ *Op. cit.*, p. 310.

El poeta, dice Aristóteles, «imita a hombres que actúan», no en cuanto hombres, sino en cuanto actuantes. En la *Poética* Aristóteles insiste que el poeta no imita directamente a los hombres, sino sus acciones. «La imitación de la acción es la fábula; pues llamo aquí fábula a la composición de los hechos»⁷. Los personajes son necesarios pero, en cierta medida, accidentales. Los hechos atribuidos al Cid podían haber sido atribuidos a otro personaje. Y esto es así porque, a diferencia del historiador que dice lo particular —los hechos documentados de Rodrigo Díaz de Vivar: alférez de Sancho II, su victoria a Jimeno Garcés, por la que recibió el sobrenombre de *Campeador* (*Campi doctor*), etc.— el poeta dice lo general; es decir, la esencia que emerge de los hechos haciéndola más plenamente patente. De aquí la conocida diferencia aristotélica entre historia y poesía: «En efecto, el historiador y el poeta no se diferencian por decir las cosas en verso o en prosa (...); la diferencia está en que uno dice lo que ha sucedido, y el otro, lo que podría suceder»⁸. La poesía habla de un *tipo de hombres*, la historia de *hombres particulares*. «Por eso también la poesía es más filosófica y elevada que la historia»⁹. Naturalmente el poeta puede encontrar entre las vidas concretas tipos universales, como es el caso de nuestro don Rodrigo. La Literatura universal ofrece incontables ejemplos de hombres que han existido e inspirado grandes obras. Aquí radica, precisamente, la universalidad atemporal del poema que explica que a nosotros —si sabemos leerlo— nos hable indirectamente de nosotros mismos ochocientos años más tarde; es decir, nos hable del hombre (Antropología). Esto importa subrayarlo por la importancia metodológica que posee respecto a nuestro reto intelectual hoy: la idea del hombre en el *Poema del Cid*. Pero nos habla un poeta del medioevo, sumergido en una cosmovisión: una visión de Dios, del hombre y del mundo propia de un espacio y un tiempo: la de la cristiandad latina medieval española.

DE LA ANTROPOLOGÍA LATENTE EN EL POEMA DEL CID

Llegados a este punto, nos encontramos en condiciones rigurosas para responder la pregunta que nos planteamos: ¿cuál es la idea del hombre en el *Poema del Cid*?; pues hemos dado razón suficiente de cómo una obra literaria constituye un velado tratado de Antropología, que ahora nos toca develar.

⁷ *Poét.*, 50a4-5.

⁸ *Poét.*, 51b1-5.

⁹ *Ibid.*

1. *La creaturalidad del hombre*

Comienza el Poema «De los sos oios tan fuertemiente llorando» (1), «Con lágrimas en los ojos, muy fuertemente llorando»¹⁰; es decir, con el problema del dolor, del mal que sufrimos. Alfonso destierra al Cid que suspira por sus grandes cuidados... ¿De dónde viene el mal que sufrimos? La causa es el libre albedrío: «Esto me an buelto mios enemigos malos» (9), «*los que así mi vida han vuelto, mis enemigos son, malos*». Vemos aquí una antropología cristiana, que supone también una ontología y que explica el mal moral no por el fatalismo, sino por el mal uso que el hombre hace de su libre voluntad. En el caso que nos ocupa, el héroe no cae en desgracia a causa de sí mismo ni de ningún destino ciego del que en vano intenta hallar sentido... sino a causa de sus enemigos; y en la situación de infortunio en que se halla, incluso ve con San Pablo que todo coopera al bien y así, al inicio de su destierro, da gracias a Dios: «*¡Grado a ti, Señor, Padre que estás en alto!*» (8), «*Gracias a ti, Señor Padre, Tú que estás en lo más alto*». Se trata de la Antropología y la Ontología agustinianas que ven al «hombre colocado en un lugar medio, entre dos extremos: uno superior y otro inferior. Arriba está Dios con su soberanía absoluta, y abajo están los seres materiales, puestos a los pies del hombre, como medio para subir a la esfera superior de su destino eterno. (...) Moverse en esta esfera ontológica media es la propia condición del hombre, y así, el libre albedrío define la situación esencial en que él se encuentra. En su inmenso espacio vital puede subir y bajar: subir por la virtud al Bien supremo, donde está su descanso, o descender, dejando a Dios, y meterse en el torbellino de los bienes menores y poner en ellos el lugar de su felicidad. Estos son los dos amores de tanta trascendencia en la antropología, ética y teología de la historia agustinianas»¹¹: «Dos amores han dado origen a dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor a Dios hasta el desprecio de sí, la celestial. La primera se gloria en sí misma; la segunda se gloria en el Señor»¹².

El mal que hacemos, no sólo nos destruye a nosotros mismos, sino que, dada nuestra condición social natural, afecta al otro. En concreto, en el *Poema del*

¹⁰ Las citas originales corresponden a la edición de Ian Michael, Editorial Castalia, Madrid, 1991, 5.ª ed. En el texto, entre paréntesis el número de verso. La versión actual que sigue tras coma, corresponde a la edición conmemorativa del VIII centenario del manuscrito de Per Abbat: *Poema del Cid*, Editorial Castalia, Madrid, 2007.

¹¹ San Agustín: *El libre albedrío*, Introducción de V. Capánaga, en *Obras III*, pp. 194-195

¹² San Agustín: *La ciudad de Dios*, XIV, 28.

Cid, la fábula viene determinada por una falta contra la justicia, que regula las rectas relaciones del hombre en cuanto ser social.

El hombre se encuentra en esa posición ontológica media por su condición de criatura, salida de la mano omnipotente de Dios. De la nada creó Dios el mundo... y un misterioso tender hacia la nada es el pecar o usar mal del bien intermedio que es el libre albedrío... Aquí la filosofía cristiana se auxilia de la teología para explicar estos males humanos como herencia del pecado de Adán y Eva. El hombre se halla en una situación «penal» y no natural... de donde surge la necesidad de salvación del hombre.

El Poema, como la biografía del héroe, se escribe sobre una cosmovisión cristiana cuyos pilares constituyen el entramado de la fábula: la existencia de un solo Dios, soberano único del universo y Padre, la creación de todas las cosas por su mano omnipotente, la bondad esencial de todos los seres, la insubstancialidad del mal, la soberanía del hombre respecto del mundo, la providencia y el orden, la existencia del libre albedrío, del mérito y la culpa, el destino inmortal de los hombres, la necesidad de la redención, Cristo Redentor... ¡Esta es nuestra fe! y por ella, con ella y en ella se construyó España... *El Poema de Cid* constituye un monumento a la tradición cristiana de España sin la cual, los españoles ya no saben quiénes son. Mas conviene aquí recordar que España no son los españoles...

En contraste con la mentalidad del mundo actual, llama poderosamente mi atención el hecho de que el autor del Poema llame a los moros «yentes descreídas» (1631), «esas gentes descreídas». Ello manifiesta una característica esencial de nuestra fe, a saber, su pretensión de verdad. La fe es un conocimiento verdadero de la realidad cuyo objeto de conocimiento queda más allá de la posibilidad del saber humano; por lo tanto, no cualquier creencia es fe, sino sólo la creencia verdadera; lo cual explica cumplidamente porqué el Cid llama «descreídos» a los musulmanes.

2. *La cuestión del honor: vince in bono malum*

El lema de la Universidad Francisco de Vitoria, que promueve esta celebración del VIII centenario del Poema, *vince in bono malum*, es doctrina paulina que da cumplida razón de la actitud del Cid ante el infortunio. En efecto, frente al deshonor del injusto destierro, el Cid rehabilita su honor por sobreabundancia de honor. Así lo reconoce el Rey Alfonso:

«Yo eché de tierra al buen Campeador,
 “e faziendo yo a él mal e él a mi grand pro,” (1890-91)
 (...)

“sírven” Mio Çid el Campeador,
 “él lo mereçe e de mí abrá perdón, (1898-99)

—*De la tierra yo lo eché a este buen Campeador;
 Y habiéndole hecho yo mal, él me hizo a mí gran favor.*
 (...)

*bien veo cómo me sirve nuestro Cid Campeador;
 él se lo está mereciendo, y de mí tendrá el perdón.*

... y así lo agradece el Cid a Cristo, Nuestro Señor:

“Esto gradesco a Christus el mio señor.

“Echado fu de tierra, é tollida la onor,

“con grand afán gané lo que he yo.

“A Dios lo gradesco que del rrey he su graçia (1933-36)

—*Esto yo he de agradecer a Cristo Nuestro Señor:
 echado fui de la tierra, menospreciado mi honor;
 con gran afán gané cuanto lo que aquí me tengo yo.
 A Dios le agradezco que el Rey me vuelva a su amor.*

Dicha actitud de sobreabundancia de bien frente al mal, procede de la imagen cristiana del hombre y del mundo. En efecto, el mal, hemos visto someramente, no tiene entidad —insubstancialidad del mal— sino que su presencia en el mundo, evidente y no ingenuamente negada por el cristiano, habla de la ausencia del bien debido. El mal es, en último término, ausencia de bien y, por lo tanto, la lucha contra el mal consiste en abundancia de bien. Tal es la norma metafísica a la que se somete el mismo Salvador: «Para la Biblia, los límites de la justicia y del poder humano en general expresan la referencia del hombre al don incuestionable del amor inmenso que se abre al ser humano —y así se abre éste a sí mismo—, sin el que el hombre quedaría aprisionado en su “justicia” y no justificado. Sólo el que acepta el don puede volver sobre sí mismo. Pero contemplar la “justicia” del hombre nos remite a la justicia de Dios, cuya plenitud es Jesucristo. Él es la justicia de Dios que supera ampliamente lo que tiene que hacer, que no calcula, sino que sobreabunda verdaderamente; él es el sin-embargo de su amor infinito, con que vence infinitamente el pecado del hombre»¹³.

¹³ RATZINGER, J.: *Introducción al Cristianismo*, Sígueme, Salamanca, 2005, p. 217.

Mas cabe preguntarse: ¿qué realidad antropológica constituye el honor? En la cuestión del honor encontramos lo que en poética se denomina carácter que es imitación de la segunda naturaleza o *êthos*: los hombres que actúan «necesariamente serán esforzados o de baja calidad (los caracteres, en efecto, casi siempre se reducen a éstos solos, pues todos sobresalen, en cuanto al carácter, o por el vicio o por la virtud»¹⁴ —como, por ejemplo, el Cid y Alvar Fáñez o los Infantes de Carrión, respectivamente—. El *carácter* refiere la más noble actividad del hombre: la construcción de su propia humanidad según la virtud, que en profundísima y escueta fórmula agustiniana consiste en el orden del amor, *virtus est ordo amoris*; pues en la realidad, en relación con la cual el hombre, cada quien, escribe su fábula personal, existe lo noble y lo innoble, lo alto y lo bajo; es decir, existe un orden en libre sumisión al cual el hombre logra su vida. Pero esto, que ya lo sabían los griegos es, de facto, una utopía. La humanidad no tiene fuerza para poner en práctica esa virtud: el héroe no puede salvarse a sí mismo, por eso la epopeya del Cid, que bien conoce su filiación adánica, es continuamente puesta a merced de la divina providencia y al auxilio divino, continuamente agradecida al Señor; de él procede todo bien, también el que nosotros hacemos. El honor del hombre es así, en último término, el honor de Dios y sólo el hombre-Dios (Cristo) es verdaderamente honorable, sólo a Él pertenece el poder y la gloria. La mención de la muerte del Cid, añadido al final del Poema y no enlazada en la unidad de acción que Aristóteles requería en la composición poética, refiere justamente esto que venimos hablando. En efecto, Rodrigo Díaz de Vivar, el héroe, es sólo un hombre, hijo de Adán y de sus pecados personales que espera la salvación de Dios:

Passado es d'este siglo	el día cinquaesma;
.....	¡de Christus aya perdón!
¡Assí faganos nós todos	iustos e pecadores! (3726-28)
De esta vida pasó el Cid	[el de Valencia Señor,]
Pascua de Pentecostés,	¡Cristo le otorgue perdón!
Que Él así nos lo haga a todos,	al justo y al pecador.

3. *Del vasallaje natural del hombre*

Esta reflexión nos introduce en la cuestión del vasallaje. En distintos momentos del Poema refiere el carácter natural del vasallaje. No nos interesa aquí la ve-

¹⁴ Poét., 48a1-4.

rificación histórica de la relación de vasallaje, sino su condición natural; es decir, antropológica: el hombre es un fin relativo al Absoluto. Tratándose de un ser contingente, débil y mortal; necesitado por naturaleza, la autoridad temporal es remedio a sus necesidades temporales. Mas la autoridad temporal, metafísicamente precaria remite a la Autoridad eterna, la del Señor natural del cosmos y de la historia, Cristo. El vasallo presta servicio a su señor según su condición —vida contemplativa, político-militar, crematística—, mientras que el señor protege según su potencia... siempre precaria por humana y recibida del Absoluto, ser necesario no necesitado. Toda autoridad es, por naturaleza, participación de la única autoridad, la del Rey del Universo. De ahí la legítima pretensión de Cristo de reinar, también en el orden temporal: «Dios no sólo domina y gobierna la naturaleza como Dios, sino también como hombre. Si entre todos los hombres, hay alguno que merezca verdaderamente el título de Hombre-Dios, ¿cómo no será tal hombre también el jefe y soberano de todos los demás, esto es, su rey? He aquí por qué Cristo no es solamente el soberano espiritual del mundo, sino también su soberano temporal»¹⁵.

4. «¡Ya Campeador, en buen hora çinxistes espada!» ...*Milicia est vita homine...*

Milicia es la vida del hombre sobre la tierra. Hemos dicho más arriba que, a causa del pecado original el hombre vive en una situación penal «no natural». De ahí que el cristianismo sea «una condenación radical del mundo, pero es al mismo tiempo una aprobación sin reservas de la naturaleza. Porque el mundo no es la naturaleza, sino la naturaleza labrando su curso apartada de Dios»¹⁶. Por eso el mundo odia a Cristo, es enemigo de Cristo. El hombre no vive, por lo tanto, en un paraíso imperturbable; más bien sucede todo lo contrario, vive en el drama de la tribulación y en ella, su vida es por vocación actual milicia, violencia contra todas las fuerzas que, desde dentro y desde fuera, le invitan a claudicar... Perdió esta conciencia, el afán «pacifista» es el mejor aliado del plano inclinado que termina en el abismo de la desesperación. Contra desesperación el Cid nos muestra «su» receta, que es la del hombre cristiano; a saber *Colada y Tizón*, dos legendarios símbolos de la condición agonal de la existencia humana.

¹⁵ GILSON, E.: «La inteligencia al servicio de Cristo Rey», en *El amor a la sabiduría*, AYSE, Caracas, 1974, p. 81

¹⁶ *Op. cit.*, p. 79.

5. *Pedagogía cidiana*

Y ahora, sólo me queda citar unas palabras del Poema. Pertenecen al episodio de la batalla de Alcocer. Cuando aquel Pedro Bermúdez se mete temerariamente con la enseña del Cid en donde más moros hay... «El Cid a los suyos dijo: —*Valedle, por caridad!*... y el poeta narra la escena:

Enbraçan los escudos	delant los coraçones,
abaxan las lanças	abueltas de los pendones,
enclinaron las caras	de suso de los arzones,
ívanlos ferir	de fuertes coraçones. (715-18)

Pronto embrazan los escudos	delante los corazones;
Las lanzas preparan bajas,	unidas a los pendones;
Las caras van inclinadas	encima de los arzones;
Y al combaten se preparan	con muy fuertes corazones.

Señores, he concluido. He querido recordarles algunos principios que dan a la vida humana su sentido y su valor, y mostrar que estos principios —objeto de la imitación poética— se remontan a la más antigua tradición de nuestra España: ¡España es esto! No las constituciones, sino un alma o, por mejor decir, una cierta cualidad del alma, aquella de Don Quijote que nos invita a luchar incesantemente por un imposible y a no cejar en el empeño hasta descubrir y redescubrir nuestra impotencia... y, en la humildad que saborea el fracaso, descubrir y redescubrir el camino que se abre hacia nuestra grandeza: Cristo, *Camino, Verdad y Vida* (Jn 14,6). El día en que esta cualidad haya desaparecido totalmente, aunque tengamos todos los ordenamientos jurídicos que queramos, España ya no existirá, ya no existirá nada. Y la vida ya no valdrá la pena ser vivida en esta vieja *Hesperia ultima*, que verá ponerse el sol de su luz definitivamente en Finisterre. ¡Dios no lo quiera!, más si nuestros contemporáneos se empeñan... ¡Muchas gracias!